

I CERTAMEN DE MICRORRELATOS
PERIODÍSTICOS JOSÉ LUIS BALBÍN

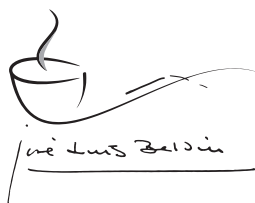
© del prólogo, Ladislao Azcona
© de los textos, cada uno de sus autores
© Confluencias, 2021
www.editorialconfluencias.com

Diseño de cubierta: María D. Alba
Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en España

ISBN: 978-84-123366-9-6
Depósito legal: AL 1395-2021

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.



I CERTAMEN PERIODÍSTICO
DE MICRORRELATOS

JOSÉ LUIS BALBÍN

Claves para la reflexión
en tiempos de incertidumbre

Prólogo de
Ladislao Azcona



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

BALBÍN, DE NUEVO EN LA BRECHA

El tiempo es un canalla. Pasa y nos sobrepasa de manera implacable. Todas las referencias que marcaron a nuestra generación se van quedando en los arcones de la historia y parecen convertirse en anécdotas banales... cuando son los cimientos de lo que somos, de nuestra vida. Tengo un pequeño ataque de melancolía cuando escribo de un tirón, con la urgencia del texto periodístico, estas líneas. Líneas para poner en valor el trabajo histórico de un compañero fraternal y dejar constancia de la vigencia de su trabajo, de su esfuerzo, de su visión generosa.

José Luis Balbín, ahora en la banda cronológica de los ochenta años, fue uno de los protagonistas de la transición democrática de nuestro país. Era un joven periodista de Pravia, de apenas treinta y cinco años, que sembró en aquellos años de transformación una semilla generosa: la semilla del debate, del respeto, del reconocimiento del otro. Balbín ha sido un periodista polivalente: reportero, entrevistador, enviado especial, siempre lleno de curiosidad, con un bagaje cultural fuera de lo común. Apasionado del cine, gran lector... En aquellos años de la primera democracia, José Luis inventó un formato televisivo que se convirtió en una referencia moral. Trasladó la experiencia francesa de *Les dossiers de l'écran* a la televisión de entonces para poner en el imaginario de la época el espíritu de los debates libres, respetuosos, inteligentes, sin censura. *La Clave*, tan sofisticado y tan simple, fue un bicho raro. Y esa aportación televisiva, que duró—con interrupciones, vetos, cambios de cadena, disgustos y éxitos— veinte años,

se convirtió en una referencia ejemplar para generaciones de periodistas y para la sociedad española preocupada por profundizar en lo que somos y en lo que pensamos.

Eran tiempos en los que la política y el periodismo tenían muchos vasos comunicantes y muchos desafíos comunes. Quizá los periodistas de entonces nos consideráramos más importantes, más «trascendentes» de lo que realmente éramos... Pero es que algunos periodistas de entonces tuvieron papeles protagonistas, influencias reales en los cambios sociales que se estaban produciendo.

José Luis era de los buenos. De los necesarios. Fue mi jefe en la televisión en 1982. Mi jefe directo. Y lo recuerdo generoso y socarrón, paternal y siempre animando a ir un poco más lejos, a no limitar el horizonte.

El tiempo es un canalla. Y el periodismo profesional tiene mala memoria... y escaso reconocimiento a los exploradores que abrieron los caminos más difíciles. Tenemos un oficio exigente, celoso, envidioso, fascinante, creativo... y un poco cainita. Y a José Luis, como a tantos otros protagonistas e impulsores de los cambios, no se lo ha tratado con la admiración y el reconocimiento que habría tenido en otros empeños profesionales.

Pero José Luis sigue en la brecha. Tuvo un ictus en 2015 que lo dejó herido y lastimado. Pero no le derrotó. Con el empeño y la tenacidad de Julia Mesonero, su mujer, ha puesto en marcha una convocatoria intelectual para preguntar y provocarnos sobre los temas sociales, políticos, ideológicos, culturales que nos alcanzan y nos agobian. Un premio de microrrelatos para invitar una vez más a la reflexión, al ejercicio intelectual de analizar y de adivinar por dónde van a evolucionar los nuevos tiempos. La convocatoria ha sido un éxito: centenares de textos, talento, ideas, experiencias, ambiciones y miedos en un folio escaso...

Es una nueva aportación de José Luis a su largo camino de provocar el pensamiento plural, libre, sin ataduras, tan lejos

del sectarismo ideológico, tan lejos de la agresión, del debate ácido y estéril.

Escribo este texto en el que no quiero que prime el afecto sobre la justicia. Pero tengo tantos recuerdos personales, de gratitud y de cercanía familiar, que seguramente fracasará en el intento. Íntimamente siento que buena parte de lo que es nuestra generación de periodistas –José Luis me saca diez años, y– se lo debemos a este personaje irreplicable, bonachón y sonriente, cuyo ejemplo sigue estando en el ADN histórico de la conquista de la democracia, de la consolidación de las libertades, de la dignificación del debate, desde el respeto y solo con la ambición de dejar un país más libre y mejor.

Ladislao Azcona

Presidente de la Fundación Azcona

¿SABE?

YO VINE ACÁ POR OTRO TRABAJO

Mediodía de verano. Bar de comidas. Cuenca Mi-
nera. Entra él por la puerta, voceando bravucón,
siempre haciéndose notar. Hombre de cincuenta
y muchos, estatura media, barriga emergente y coronilla que
ralea. Viste polo planchado del saurio y pantalón de marca,
en combinación imposible de colores, con los inevitables
mocasines baratos –pero– cómodos. Y calcetín de un color
lejanamente familiar, quizá porque ya ni se estila ni se fabrica.
Tópico del prejubilado con prebendas sindicales saliendo al
vermú.

Detrás de él, como todos estos días, ella. Pelo largo y ne-
gro, rasgos exóticos, tez de siena y ropa barata pero llamativa.
Ella habla menos, más bajito, con acento latino. Él pide su
comanda y toman asiento en la barra, bajo la televisión. Él
alardea de hombría y presume de «conquista». Protesta airado
por nimiedades y habla –a gritos– de cerveza, fútbol, políti-
ca, coche, mujeres, billetes, noches. Copa de vino en mano,
fanfarroneo permanente. Ella empieza a acariciarle caden-
ciosamente la espalda por debajo del polo, mecánicamente,
sin reparos y también sin ganas: lujuria triste. A veces sonrío,
pero mira alrededor con cautela, como temerosa.

Cuando él sale a fumar, ella aprovecha para beber de su
copa y picar de su tapa. Ella no tiene consumición.

Rafael Álvarez-Balbuena

GANADOR

BARRO

Miedo al acostarme, miedo al dormir, miedo por la noche. Miedo al despertar. Miedo al sonar el despertador, al escuchar el inicio de un nuevo día. A mamá no le importa que a papá le dé igual. El estómago cerrado, la mochila un poco abierta. Vestirse, salir, llueve un poco, no podrán conmigo (*¿pero qué digo? Ya me han vencido*), un paso más, otro.

El miedo es fiel compañero de viaje.

Las caras de los profesores, distantes, compasivas. No quiero distancia ni compasión, necesito soluciones.

Se dibuja el colegio a lo lejos, ya tiemblan las piernas.

A medida que me acerco las risas, los gritos, la lluvia, las prisas, la estridencia, el miedo de nuevo. Nadie repara en mí de momento, bien. Agacho la cabeza, me hago pequeño, otra vez vencido, avanzo.

Entro despacio, en silencio, rodeado de ruido, sólo yo callo. No miro, pero sé que me señalan. El miedo avisa. Ahí vienen. Llega el empujón, el insulto y la carcajada. Al suelo. Alguien me escupe, otro graba. Se llevan mi mochila, la abren, todo al suelo. Me pisan, pisan mis cosas, las rompen.

Se van, ya no lloro nunca, es sólo miedo.

Mierda.

Iñaki Telleria Lázaro

SEGUNDO CLASIFICADO

LA HUIDA

— **Y** ahora, ¿podemos mirar por la ventanilla, mamá?
Me alargas con cuidado el bote con las cáscaras de los pistachos que has merendado.

—Y contamos los aviones, ¿vale?

Yo asiento escondida detrás de las gafas de sol mientras te doy la botella de agua que hemos comprado en la estación. Tú bebes, me la devuelves y pegas la nariz al cristal.

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cinco!

—Cuatro, cariño.

—Cuatro, lo siento.

Me miras con insistencia, como tratando de escrutar algo que te diga que las cosas ya están bien, que ya podemos hacer ruido, equivocarnos. Yo me trago las lágrimas para sonreírte y te invito a sentarte encima de mis piernas. Tú lo haces casi de un salto y gritas «¡mira mamá!». Entonces me coges la cara con las dos manos para que yo también vea el cielo.

—¡Mira ese qué cerca está! ¡A lo mejor es el nuestro!

Y yo miro, sin apenas ver con el ojo que no tengo hinchado, dejando que las lágrimas se derramen ahora que no me miras, apretando el bolso donde llevo los billetes del vuelo que nos llevará a donde él no nos encuentre jamás.

Belén Rodríguez García

ACCÉSIT